

tu protector y padre, va unido, en su mismo nombre, y en su vida y hacienda consagrada á tan nobilísima institución, el de su Capellán Mayor, ¡el inmortal D. Pedro Calderón de la Barca! ¡Recibe este saludo en nombre de Pedro, en nombre de su mano de caridad, por conducto del último de sus individuos, desde este sagrado lugar, en el día en que con tu acostumbrada solemnidad y ornato celebras en la Iglesia de nuestro hospital la festividad presente!

La mano de Pedro, tan generosa y bienhechora para con el necesitado y el afligido, vais á verla fuerte ahora para defender los derechos de la Iglesia.

Y ante todo, anticipo y contesto una objeción: no me citéis la negación de Pedro para atenuar el efecto de esa fortaleza: no negó el Apóstol, sino el hombre; no el Doctor infalible, sino el pecador miserable; no la institución, sino la miseria y el orgullo humano: y aun así fué tan atrevido, que defendió al Salvador en el huerto y le siguió él solo animoso hasta la casa de Anás: y aun así, lloró tanto, que fueran dichosos los infinitos que por desgracia niegan á Jesucristo en nuestros días, sin defenderle, ni seguirle un momento, si tuvieran su propósito y sincero é inmenso arrepentimiento: que pudiera recordar en todo caso, á esos rígidos censores, la contestación de San Ambrosio, obispo de Milán, al Emperador Teodosio cuando trataba de penetrar en el templo, manchadas aún en sangre las manos en la matanza de Tesalónica, y objetando, á su vez, al Santo Prelado, que le rechazaba del lugar santo, el homicidio y el adulterio de David. *Ya que le seguiste en el error, síguete también en el arrepentimiento.*

Entremos ahora en el asunto: volvamos á hojear el sagrado libro de los Hechos Apostólicos por las páginas siguientes á las que antes admiramos, y veremos á Pedro, que después de arrojar valerosamente al rostro de las turbas congregadas bajo el pórtico de Salomón, su abominable deicidio, se presenta ahora ante el Sanhedrín, ó tribunal judáico, para ratificar sus palabras, y manifestar resueltamente sus convicciones y sus propósitos.

Allí le veremos repetir con más fuerza y energía, si cabe, el testimonio de la divinidad de su Maestro, y responder á la necia intimación de los hombres de la Sinagoga, para que no enseñasen más ni hablasen en el nombre de Jesús, con estas sencillas pero elocuentísimas frases: *Si es justo, delante de Dios, oiros á vosotros antes que á Dios, juzgadlo vosotros, pues no podemos dejar de hablar las cosas que hemos visto y oído.*

¡Eterna expresión de la fortaleza de Pedro, que no muere; grito santo de la victoria, eterna también, de la Iglesia Católica en su Cabeza visible; energía nunca desmentida, que demuestra el Santo Apóstol, que precipitó á Simón Magó, y vió sin vida á sus pies á Ananías y Safira, en la cárcel Mamertina, como en el Concilio de Jerusalén anunciando su primacía á los hermanos; en su predicación y persecuciones, como en el monte Janículo, enclavado en la Cruz, mirando al cielo, dice un Santo Padre, como quien camina ya presuroso á su descanso!

Abrid la historia de Pedro, que sobrevive; de Pedro, que nunca muere; pasad las innumerables páginas de los Papas mártires, en aquellos siglos en que el Pontificado era la antecámara, digámoslo así, del martirio, y en que la Cátedra de Pedro sustentaba los cadáveres, y se adornaba con la sangre de sus gloriosos fuertes sucesores, ó los concluía la fetidez de un establo, ó eran arrojados al mar en las riberas del Quersoneso: Símacos, Martinos, Sergios, pasad también, nobles víctimas de la fuerza bruta de las potestades del siglo en Teodorico, Constantino y Lotario: ven tu, Gregorio VII, la más hermosa figura de la Edad Media en la firmeza para sostener santos derechos y para amparar nobles infortunios: tus palabras sobre el lecho de la muerte: *He odiado la iniquidad, y amado la justicia; por eso muero en el destierro;* son la consecuencia, y la ampliación, y la síntesis é interpretación más digna de las de Pedro ante el Sanhedrín al pronunciar el *Non possumus!*

¡No podemos! ¡ah! no dicen No queremos, hermanos míos;

no es el capricho de la voluntad, es la conciencia del deber; no es la imposición arbitraria del despotismo, es la convicción santa de la libertad ultrajada y oprimida: es el grito, en fin, de la fortaleza, es la mano de Pedro levantando á la Iglesia y á la sociedad tullida, paralítica, entumecida y aherrojada en Bonifacio VIII, víctima de la tiranía de Felipe el Hermoso, y cantado como verdadero mártir é imagen de Cristo, por Dante y el Petrarca; es la cautividad de Aviñón, con sus 70 años de resistencia invencible; es León X, sacrificado por la impía Reforma, como Inocencio XI, el Pontífice de las ciencias y de las artes; son los Píos VI y VII, prisioneros del Capitán del siglo; es Pío IX, el Papa de la Inmaculada y del Concilio Vaticano, desterrado en nombre de la libertad á Gaeta; es, en fin, el sabio y fuerte León XIII frente á la revolución desencadenada de nuestros días, y repitiendo cada vez con más fortaleza el *Non possumus*, y entregando á la consideración de los gobernantes del mundo los hechos, las doctrinas, el estado, en fin, de la sociedad moderna.

Hermanos míos, este es, ha sido, y será siempre San Pedro: expresión eterna de la bondad, indulgencia y misericordia de *Aquel que pasó haciendo bien*, según la bella frase de los Hechos Apostólicos; manifestación, eterna también, de su poder inquebrantable, y de su fortaleza invencible; hombre que nunca muere; dinastía que nunca se extingue; institución que jamás desaparece..... y, reflexionadlo bien, los que juzgáis la tierra, y los que perseguís á Pedro; mirad, que no es ya Simón, el hijo de Jonás, el hermano de Andrés, precisamente, ¡no! es *Cephas*, es *La Piedra* sobre la que está edificado el reino eterno de Jesucristo sobre la tierra: y esa piedra es inquebrantable; y esa piedra aplastará, sin remedio, á todo aquel sobre el que cayere: si la historia es maestra de la verdad y madre de la experiencia, leed: si la fe no puede engañarnos, temblad: no podéis matar á Pedro, y Pedro os irá matando á vosotros.

Santo Clavero del Cielo, abrid: ensanchad los pabellones de Jacob, y las tiendas de Israel: dilatad el reino de Dios en la

tierra; dilatadlo, en consecuencia, en los alcázares santos del Cielo: regid la Esposa inmaculada del Cordero hasta el fin de los siglos, y reunid sus inmensos escuadrones, al rededor de vuestra Silla, en la eternidad dichosa de la Gloria.—Amén.

PLAN DEL SERMÓN DE SAN PEDRO APOSTOL.

Et apprehensa manu ejus dextera, allevavit eum, et protinus consolidate sunt bases ejus et planta.

Y tomándole por la mano derecha, le levantó, y en el mismo punto fueron consolidados sus pies y sus plantas.

(Act. III, v. 7.)

Exordio. Los hombres y las instituciones.—Pedro y el Pontificado.—En todas partes y en todos los siglos existe.—Donde esté, está la Iglesia.—Y está bienhechor.—Y está fuerte.—El mar de Tiberides y la tormenta.—La mano del Verbo, puesta en contacto con la de Pedro.—*Mano bienhechora.*—*Mano invencible.*—Bienhechora para socorrer.—Fuerte para defenderse.

Lecho del tullido, del cual está tomado el tema.—Pobreza de Pedro.—El dinero de San Pedro.—La compasión y generosidad de San Pedro.—Da lo que tiene.—Milagros.—Papas socorriendo necesidades materiales y espirituales.—Bellas artes y ciencias. Civilización y progreso.—Apóstrofe á los detractores de la Santa Sede.—Turbas del pórtico de Salomón.—Frases de San Pedro.—Jesucristo lo hace todo.—Recuerdo á la Venerable é Ilustre Congregación de Presbíteros Naturales de Madrid.—Calderón de la Barca.—Su hospital.

Objeción anticipada y resuelta. —El hombre de la negación no es el Apóstol ni el Doctor infalible. —Su arrepentimiento digno de imitación. —Su recompensa. —Pedro ante el Concilio. —Sus frases. —Su fortaleza. —Simón Mago. —Ananías y Safira. —La cárcel Mamertina. —Su muerte. —Papas Mártires. —Todos ellos defensores de los derechos de la Iglesia. —Gregorio VII. —Aviñón. —Píos VI y VII. —Pío IX. —León XIII. —Reflexiones sobre la fortaleza de Pedro. —Súplica breve al Santo Apóstol.

SERMON

DE SAN ANTONIO ABAD

Longitudine dierum replebo eum, et ostendam illi salutare meum.

Lo llenaré de longura de días, y le mostraré mi salud.

(Ps. 90, v. 16.)

Si registramos las primeras páginas de la historia del mundo; si consultamos la autorizada narración de Moisés en el Génesis, y abrimos después el Libro de los Salmos del Real Profeta, admiraremos desde luego, palpable, cuanto dolorosamente por cierto, la progresiva decadencia de la raza humana desde los tiempos que refiere el legislador y caudillo del pueblo hebreo hasta los del monarca, cortado según el corazón de Dios, según la frase misma de la revelación divina: porque mientras en el Génesis encontramos gigantes en edad y hasta en fuerzas y estatura, David nos hablará como una excepción de Goliath, y nos presentará el *maximum* de la existencia humana en setenta años, y á lo más en ochenta, en excepciones muy contadas, y en verdaderos gigantes de vida, de robustez y de salud; advirtiéndonos como de paso que aun en esos prodigios de virilidad, en esos esfuerzos de la pobre naturaleza humana, ya en sus días todo lo que exceda de esa edad no puede ser más que dolor y trabajo.